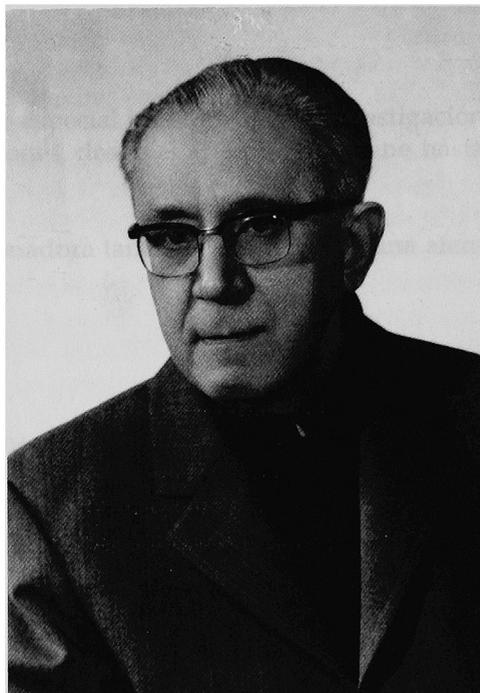


REMEMBRANZA DEL R.P. RAIMUNDO KUPAREO

*Radoslav Ivelic K.
Instituto de Estética,
Pontificia Universidad Católica de Chile.*

Recordar al R.P. Raimundo Kupareo, fallecido en Croacia el 7 de junio de 1996, es reavivar los momentos en que se inicia en mi vida la presencia de una de esas personalidades capaces de marcar nuestro espíritu de una manera imborrable.

Mi primer encuentro con el Padre Kupareo ocurrió cuando yo era todavía alumno de la Academia de Humanidades, colegio dirigido por los padres dominicos, congregación a la cual él pertenecía. Fue una tarde en que nos reunieron, como curso, en el salón de actos, para asistir, según nos explicaron, a la conferencia de un sacerdote dominico extranjero, yugoslavo, que venía llegando a Chile, después de permanecer en España por corto tiempo. En un castellano difícil de entender, el Padre Kupareo nos enseñó algunos principios de caracterología para que aprendiéramos a conocernos mejor a nosotros mismos, tener una conciencia más clara de nuestras tendencias y aptitudes, de nuestras flaquezas y cualidades, y, de este modo, adecuarnos más fácilmente al plan que Dios nos ha asignado. En aquel entonces jamás imaginé la gravitación que el Padre Kupareo tendría en mi vida. Sin embargo, ya en ese primer y fugaz encuentro sentí que estaba en presencia de una persona enérgica y afectuosa, sabio y simple a la vez.



Fue al ingresar a la Universidad cuando, con gran sorpresa, lo divisé en el antiguo Pedagógico, en la esquina de Dieciocho con Alonso Ovalle. Después supe que era profesor de la cátedra de Estética y que era muy querido por sus alumnos. En mi tercer año de Pedagogía en Castellano me correspondió cursar su asignatura y me di cuenta que había encontrado el rumbo que yo quería en mi futuro como pedagogo. De hecho, dos años después fui ayudante de la cátedra.

Poco a poco empecé a conocer aspectos de la vida del Padre Kupareo. Sus recuerdos de la guerra, con momentos tan terribles como la muerte de su padre, asesinado en su presencia por un soldado; me habló en otra oportunidad de la granada que casi le provoca la muerte y que le dejó una enorme cicatriz en el cuello; me habló de las persecuciones que tuvo que padecer, de sentirse tan oprimido que un día salió de la casa donde se ocultaba, para pasear, "para tomar aire" –como me dijo–, sin importar ya las consecuencias; milagrosamente no le ocurrió nada. Me contó de su salida clandestina de Yugoslavia, de su estada en España y, posteriormente, de su llegada a Chile, en 1950, donde permaneció hasta 1971, año en que se enfermó gravemente y deseó volver a la tierra de sus antepasados. De no ser por esta circunstancia, seguramente hubiera permanecido en nuestro país hasta el fin de sus días. Se enamoró de Chile, como ocurre con tantos extranjeros. En 1955 se le otorgó la carta de ciudadanía. Recuerdo nítidamente cuando me mostró muy orgulloso su nueva cédula de identidad y nos dijo a un grupo de alumnos, con ese acento inconfundible que tenía: "Oh bien, ahora soy un roto chileno".

Su ciudadanía chilena, sin embargo, no le hizo olvidar su tierra natal, a la cual quería entrañablemente. Muchas veces me habló de la visión feliz de su infancia, del lugar donde nació, la isla de Hvar, en la región croata. Es allí donde aprendió a admirar la belleza de la naturaleza, tan pródiga en las costas e islas de Dalmacia, que conforman un archipiélago con sus costas bañadas por las aguas tranquilas, templadas y transparentes del mar Adriático. Las islas, llenas de vegetación, dan forma a canales caprichosos y a innumerables bahías ocultas. Es en esta hermosa región donde aprendió también a admirar la belleza del arte, motivado por la inmensa cantidad de obras artísticas de las iglesias, herencia de la civilización medieval. Así se fue inclinando hacia el estudio de la Estética, lo que, junto a su vocación religiosa, marcarían, en perfecta unidad, su camino futuro. Tras largos años de meditación fue elaborando una original concepción de lo bello y un sistema de las bellas artes que explicita las relaciones y diferencias que caracterizan la unidad y a la vez la diversificación de la creatividad humana.

Como ya lo dije, el Padre Kupareo llegó a Chile en 1950. Sus primeros contactos con nuestra Universidad empiezan ese mismo año, cuando fue invitado por las autoridades de nuestra Casa de Estudios para dar cursos de Estética y Axiología, en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. La labor que realizó es inmensa: no sólo fue un destacado docente, también ocupó el cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, durante dos periodos (1956-59; 1963-67), y de Vicerrector de nuestra Casa de Estudios (1963-67). Durante sus decanatos fundó o consolidó distintas Unidades Académicas, tales como la Escuela de Periodismo, la Escuela de Psicología, el Instituto de Estética, los Departamentos de Alemán, de Artes Plásticas, de Orientación Vocacional y Educacional, de las Escuelas Normales dependientes de la Pontificia Universidad Católica.

A estas realidades se unen las transformaciones y adquisiciones materiales, sin las cuales era imposible la expansión académica de la Facultad: salas, laboratorios, bibliotecas especializadas, habilitación de oficinas y su alhajamiento.

La imagen del Padre Kupareo llega hasta mí, ajena a toda convención, desde los primeros días de su Decanato, en una imagen que me parece muy simbólica: con su hábito blanco de sacerdote dominico, lleno de polvo por el trabajo de reordenamiento físico de su oficina, se acercó a mí y a otros alumnos, para que le ayudáramos a sacar un viejo e inmenso ropero que casi nos hace desaparecer con su masa imponente, mientras lo bajábamos por las escaleras del edificio. El Padre dirigía las operaciones, preocupado de que el ropero fuera superior a nuestras fuerzas. La Escuela de Pedagogía contaba en aquel entonces sólo con una persona encargada de la limpieza y con sólo una secretaria; pero con su dinamismo y visión, el Padre Kupareo empezó a modelar un nuevo orden académico y espacial.

No puedo olvidar el efecto que me produjo tanta actividad y sentido práctico. Antes de que asumiera el Decanato, me parecía una persona de profunda inteligencia y gran sensibilidad, pero, creía yo, con poca aptitud para la esfera de lo práctico. Incluso me extrañó que aceptara el Decanato y sentí temor de que desempeñara un puesto para el cual pensé que no tenía predisposición. Se rió mucho cuando, después de haber comprobado su eficiencia y capacidad, le conté las aprensiones que había tenido; me dijo que él había sido, durante varios años, encargado del economato del convento, en su tierra natal, y que había administrado con mucha eficiencia el presupuesto que se le había confiado.

Dinamismo contagioso, honda espiritualidad, inteligencia profunda y clara, sentido práctico, son notas que rara vez se unen armónicamente en una persona y que explican la magnitud de su obra: Vicerrector, decano, ensayista, profesor en diversas unidades académicas de la Universidad Católica de Chile, novelista, poeta antologado en su país de origen, dramaturgo, polemista (y muy polemista en muchas ocasiones), son algunas referencias que ayudan a explicar su rica personalidad y su presencia viva, la continuidad de los frutos que sembró en nuestro país y el agradecimiento de sus alumnos, para quienes fue un auténtico maestro.

Pero por encima de todo, lo recordamos por su bondad, por su trato sencillo y afectuoso. Salvo cuando se enojaba, porque algo estaba mal hecho por negligencia.

De toda su labor en Chile, su contribución más relevante es la fundación del Instituto de Estética: el P. Kupareo consagró sus mayores esfuerzos a enseñar que la belleza y el arte son valores del espíritu, imprescindibles en una nación, porque están unidos a su genio creativo, a su identidad y a su desarrollo humano. Desde esta perspectiva, educar por el arte, educar para la belleza es, para el P. Kupareo, educar para la perfección, para la integridad de la persona, porque la experiencia estética libera al hombre, le permite entrar a un tiempo y espacio nuevos, que desbordan nuestra realidad cotidiana, desatan nuestra imaginación, nuestra sensibilidad y nuestro intelecto y nos hacen caminar por sendas espirituales que jamás habíamos pisado.

Como decíamos antes, esta visión trascendente del valor estético está apoyada en su vocación religiosa. Sin embargo, el Padre Kupareo siempre insistió en que

no se debía identificar el arte con la religión. Una cosa es hacer catequesis a través de una novela o una pintura o una escultura –nos decía– y otra, crear una obra artística. Pero, justamente por su espiritualidad y trascendencia, el arte es capaz de sugerirnos que en el ser humano hay algo más que materia perecedera, algo más que cuerpo destinado a la decrepitud y la muerte.

Los artistas son imitadores del Creador Divino –afirma el Padre Kupareo–. Podemos decir que Dios, como lo señala en uno de sus escritos, se reveló a los seres humanos como poeta, con su palabra creadora que hace surgir las cosas de la nada; “se reveló como arquitecto, creando el cielo y la tierra; como pintor, creando la luz; como músico, en la creación de las aves; como escultor, al formar al hombre del barro de la tierra” (“*La luz, elemento esencial de la expresión pictórica*” En *Aisthesis* 9: 11).

De esta manera, el artista, según la conocida expresión de Vicente Huidobro, “es un pequeño dios”; toma la realidad preexistente, para transmutarla, para transfigurarla en arte. Por esta razón el Padre Kupareo defendió con tanto celo la presencia de lo bello en la creación artística. Sin la presencia de lo bello –nos explicaba– el arte pierde su misterio, su sentido trascendente, su capacidad de permanecer siempre nuevo, sin agotarse a través del tiempo.

El Padre Kupareo, como lo expone en su libro *El valor del arte*, entendió la belleza artística como “encarnación de los sentimientos humanos, intuitivos, revelados, en símbolos concretos”, tales como metáforas, personajes, acontecimientos, colores, líneas, formas espaciales. Allí lo bello se manifiesta como una irradiación del espíritu sobre la materia, un vivo reflejo, un claro destello de la unidad del hombre entre lo espiritual y lo corporal, objetivando lo más profundo del ser humano, alumbrando zonas donde los demás lenguajes no pueden penetrar.

El artista transfigura lo sensible –afirma el Padre Kupareo–; por eso la belleza puede manifestarse a través de los materiales más humildes, así como detrás de los aspectos más chocantes y desagradables de la realidad, siempre que el artista sea capaz de sublimarla, de transfigurarla.

Esta manera de concebir la belleza nos aparta de las acepciones comunes con que la utilizamos y la degradamos. Y nos hace comprender por qué en determinados momentos sentimos que lo que llamamos feo, deforme o desfigurado en la naturaleza, se transfigura estéticamente: un árbol seco, lleno de gotas iluminadas por el sol, después de la lluvia; un paisaje árido que, repentinamente, los tonos rosados del crepúsculo transmutan, dándole una apariencia que nunca habíamos visto; un rostro que consideramos poco agraciado, pero que, por un instante fugaz se sublima, gracias a una sonrisa llena de felicidad.

La visión del arte del Padre Kupareo está en el extremo opuesto del nihilismo de un sector del arte actual, que renuncia a la obra maestra, a la belleza y, en fin, a todos los valores antes consagrados. Pero de este modo el artista renuncia también a su propia vocación, que es entregarse a los demás en una donación de amor y no

en una demostración de resentimiento, de odio, de indiferencia frente al valor de la existencia humana.

En cambio, el arte –según expresión del Padre Kupareo– es un *verbum cordis*, una palabra que brota del corazón, iluminando el *verbum mentis* propio de las ciencias. Según sus propias palabras: “el arte es un pequeño milagro [...] donde no hay nada que superar ni corregir y que demuestra que el devenir no es la realidad última” (“*Apersonalidad del Arte*”. En *Aisthesis* 14: 9-10).

Enseñar a nuestra sociedad el valor de lo estético es una de las vías para preservarla del materialismo, del utilitarismo chato, de la vida concebida solamente como confort, rodeada de adelantos tecnológicos que, por el uso que se les asigna, pueden adormecer el espíritu. Lo bello, en cambio, transfigura, sublima nuestras vidas; produce admiración, gozo, renovación interior. Y ese es, justamente, el legado que nos entrega el Padre Kupareo, quien siempre continuó unido a Chile, a su querido Instituto de Estética, a sus profesores y alumnos, y a tantos amigos, como lo prueban las cartas que mes a mes me enviaba. En ellas me pedía siempre noticias de nuestro país y de nuestra Unidad Académica y me contó, paso a paso, el proceso de liberación de Croacia, y su constitución en república independiente. “Es una alegría –me escribió– que jamás creí tener en esta vida”.

Poco antes de fallecer, en su última carta me confidenció: “Estoy viejo, pero no le tengo miedo a la muerte. Espero que Dios tenga un pequeño lugar para mí”. En un artículo póstumo (“*La belleza y el arte*”. En *Aisthesis* 28: 9-15), el Padre Kupareo se pregunta cómo será, en el otro mundo, la alegría del hombre respecto a la belleza, cuando el cuerpo, ya espiritualizado, se vuelva a unir con el alma. Cuerpo transfigurado, como explica en su artículo sobre “*La pintura y el ballet*” (*Aisthesis* 11: 13); cuerpo sutil, ágil y lleno de resplandor. Cuerpo rescatado de la enfermedad y la vejez; cuerpo pleno de belleza.